

DEVOLVER LA PALABRA AL PUEBLO*

Una reflexión sobre el Sínodo de los obispos

*Juan Pablo García Maestro, OSST
Instituto Superior de Pastoral (UPSA-Madrid)*

Buenos días a todos. Agradezco a los organizadores de este encuentro de la Familia Trinitaria, especialmente a José Antonio Ramírez, que fue el que me invitó y a su vez me sugirió el tema que ahora os voy a presentar.

Ante todo pienso que este tema forma parte de uno de los puntos centrales que el Concilio Vaticano II en su Constitución dogmática “*Dei Verbum*” señala en uno de sus números, que *los fieles tengan fácil acceso a la Sagrada Escritura* (DV 22)¹. Y además añadiría que no es suficiente devolver la Palabra al pueblo sino dar la Palabra al pueblo para que se exprese libremente. Pienso que, aunque se han dado pasos muy importantes en la lectura de la Biblia desde la perspectiva de la mujer, quedan por superar muchos miedos y prejuicios. Con esto no quiero decir que esté a favor de una lectura exclusivamente feminista de la Sagrada Escritura. Sobre ello voy a insistir más adelante

Otra observación que deseo hacer está en relación con lo que nos ha recordado el *instrumentum laboris*: ***no se puede identificar la Palabra de Dios con la Biblia***. En los tiempos de san Pablo no había nada escrito del Nuevo Testamento. Pero san Pablo era consciente de que predicaba la Palabra de Dios, y se congratulaba con los tesalonicenses porque habían recibido el mensaje proclamado por él no como discurso humano, sino como Palabra de Dios que actúa en quien cree².

La Palabra de Dios es algo vivo, la Biblia es un texto escrito. Tiene una importancia especial porque es un texto inspirado. Pero la nuestra no es una religión del Libro, no es una religión bíblica. Para nuestra fe la Palabra de Dios es viva y su acogida nos pone en relación personal con Jesucristo, y, por medio de Cristo, con Dios Padre. Con Henri De Lubac diremos que en Jesucristo Dios ha hecho breve su Palabra, la ha abreviado. El Verbo se ha abreviado.

La Biblia no es una colección de tratados filosófico-teológicos, no es un camino didascálico-simbólico para adquirir un *set* de verdades religiosas eternas. La Biblia

¹ Conferencia pronunciada a la Familia Trinitaria en Pozuelo de Alarcón (noviembre de 2008).

Dentro de los quince compromisos del Sínodo de la Palabra y tras el Sínodo de la Palabra, aparece el de “acercar la Escritura a todo el Pueblo Santo de Dios: la Biblia es un libro de un pueblo y para el pueblo. Los quince compromisos se pueden ver en www.ecclesia.com

² Cf. Entrevista al cardenal jesuita Albert Vanhoye, en Revista “30 DIAS” n. 6/7 (2008), 45-53.

cuenta la iniciativa de Dios para entrar en contacto con nosotros y nuestra historia. Y la encarnación de Cristo es el “resumen” de toda la Palabra de Dios. Un resumen que no convierte en inútiles las otras palabras inspiradas, sino que define su sentido exacto. La Palabra del Antiguo Testamento toma su sentido exacto gracias a su relación con Jesucristo³.

Por eso leemos el Antiguo Testamento iluminados por la venida de Jesús y por lo que él actúa. Como dice el mismo Jesús en el Evangelio de Juan, “investigad las Escrituras; ya que creéis tener en ellas vida eterna; ellas son las que dan testimonio de mí”. En la aparición a los discípulos de Emaús: Jesús explica todo lo que en el Antiguo Testamento concierne a su persona y a su misterio. En el mismo sentido la expresión de la Carta a los Hebreos “una sangre que habla mejor que la de Abel”, porque la Palabra de Dios *se ha hecho sangre derramada*. Y la misma carta habla de una ofrenda de amor que supera todos los obstáculos contra el amor. Si uno dice: “Palabra de Dios”, la fórmula puede quedarse en algo intelectual, pero si se dice que es *sangre que habla*, se comprende que no se trata de un discurso, de un razonamiento.

¿Qué espera el Pueblo de Dios después de haber celebrado el Sínodo sobre la “Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia”?

- **En primer lugar**, que en la liturgia se aprecie el valor de la Palabra y se aprenda a leerla con los ojos del Espíritu y de la fe eclesial.
- **Segundo**, que se formen, cuantitativa y cualitativamente, catequistas, agentes y ministros de la Palabra, lectores, monitores....
- Y **tercero**, que se busquen nuevos medios, lenguajes y nuevas técnicas para proclamarla al hombre y a la mujer de hoy.

1. Breve presentación del *Instrumentum laboris*

De cada una de las tres partes en las que se divide el *Instrumentum laboris*⁴ destacaría que, de una vez por todas, *habrá que resituar la relación entre Revelación, Escritura, Tradición Viva y Magisterio*⁵. Y, con ello, redescubrir que el cristianismo no

³ Cf. PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *El pueblo judío y sus escrituras sagradas en la Biblia cristiana*, Ed. PPC, Madrid 2002, nn. 6, 19 y 21.

⁴ Aquí seguimos la versión en español publicada por la Revista “Ecclesia” nn. 3430-31 (6 y 13 de septiembre de 2008), 23- 55.

⁵ “Existe una inseparable unidad entre la Sagrada Escritura y la Tradición, ya que ambas proceden de una misma fuente. La Sagrada Escritura es la Palabra de Dios en cuanto se consigna por escrito bajo la

es sólo una religión “del libro”⁶, sino el autodesvelamiento de un Dios Unitrino quien con hechos y palabras, en una historia de salvación nos muestra quién es El verdaderamente y quién es la persona humana⁷. El acontecimiento central y único es Jesucristo, la Palabra y el Hijo de Dios. Y el modelo de acogida y de escucha, de interiorización y de compromiso, entre Palabra y vida es **María**. Su cabeza y su corazón se unieron para que la Palabra fuese la guía de su existencia. Como a nadie, se le dio a entender que la Palabra era el mismo Jesucristo.

De la segunda parte (La Palabra en la vida de la iglesia) no sólo hemos de quedarnos con lo doctrinal, sino que es necesario planificar y favorecer una auténtica “pastoral de la Palabra”⁸ invirtiendo recursos humanos y pedagógicos. No pueden quedarse sobre el papel, entre otras, afirmaciones como éstas:

- . La Palabra debe empapar y ser el alma de todas las dimensiones que ayudan a configurar y construir la iglesia diocesana: comunión, anuncio, celebración y compromiso.
- . La Palabra hace a la comunidad y la comunidad vive de la Palabra.
- . La Palabra es el núcleo del anuncio de la Buena Nueva y de la invitación a la conversión.
- . En la celebración eucarística, en los sacramentos y en la liturgia, la Palabra se hace presente de forma real y eficaz.
- . Gracias a la Palabra, la Iglesia se siente empujada y fortalecida en su compromiso de caridad.

Finalmente, en cuanto a la “Palabra en la misión de la Iglesia”, ha sido un acierto que se nos recuerde la responsabilidad que debemos asumir todos, sea el que fuere el estado de vida. Parafraseando ese texto, subrayaría la importancia de que **el obispo**, se ejercite cada día en la *lectio divina* para poder alimentar a sus fieles, según el deseo de

Inspiración del Espíritu Santo, y la Sagrada Tradición transmite íntegramente a los sucesores de los Apóstoles la Palabra de Dios, a ellos confiada por Cristo Señor y por el Espíritu Santo, para que, con la luz del Espíritu Santo de la verdad, la guarden fielmente, la expongan y la difundan con su predicación”.

⁶ Por eso es necesario recordar de nuevo que la Palabra es mucho más que la Biblia.

⁷ Cf. P. I. Fraile Yécora, *Las palabras y la Palabra*, en “Vida Nueva” 2630 (4-10 de octubre 2008), 23-30.

⁸ En el *Instrumentum laboris* se nos recuerda que una de las cosas que se espera del Sínodo es “la necesidad de una pastoral bíblica, pero también de una animación bíblica de la entera pastoral, que comprenda la enseñanza de todas las verdades de la fe” (n. 3). Un análisis de esta cuestión ha sido objeto de estudio en mi artículo: J. P. García Maestro, *La Palabra de Dios como fundamento de toda actividad pastoral*, en “Pastoral ecuménica” 74 (2008), 11-30.

santo Domingo de Guzmán: “*Contemplata aliis tradere*” (“transmitir lo que hasorado”).

Para **los religiosos**, la Palabra es “como su alimento cotidiano”, la liturgia de las horas bien rezada refuerza su identidad y su misión. Deberían favorecer escuelas de formación bíblica para jóvenes. La Palabra puede contribuir a una auténtica pastoral vocacional.

Los **presbíteros y diáconos**, si quieren ser buenos administradores de los ministerios y no dar lo suyo sino abrir a los misterios de Dios, deben familiarizarse con la Palabra.

Para **los laicos**, la Palabra no puede ser una “desconocida” ni ajena a su vida familiar (donde la Palabra es guía). Deben redescubrir sus ministerios respecto de la Palabra, dentro y fuera de la liturgia. No solamente habrán de participar como buenos lectores, sino como verdaderos maestros de la Palabra de Dios en otros ámbitos y dimensiones eclesiales.

Otra realidad que se encuentra también en la tercera parte del documento se refiere al **ecumenismo** y al **diálogo interreligioso** e intercultural. La Palabra, lejos de acentuar la desunión histórica, puede ser punto de encuentro y de conversión a la Verdad total entre cristianos⁹. La Palabra, en relación al judaísmo y al islamismo, será punto de enlace con los orígenes e historia de la Salvación en un caso, y valoración de una misma fe en Abraham y clave de interpretación integral en otro. En cuanto al diálogo con otras religiones, a su luz se descubrirán las semillas de verdad que se encuentran en sus libros sagrados. Sin olvidar que la Palabra no sólo es un don de Dios o una “carta de amor divina a la humanidad”, sino un verdadero e inigualable patrimonio cultural, válido para todas las culturas y para siempre. Ello constituye todo un reto para la reflexión pastoral y teológica del día a día en este nuevo milenio.

2. **La Biblia: Una reflexión de un pueblo sobre su historia**¹⁰

Sínodo significa “*hacer camino juntos*”. En este caminar juntos este Sínodo tiene que hacernos bajar la Biblia del estante en el que se alinea acompañada del Espasa o

⁹ La revista “Pastoral ecuménica” ha dedicado el número 74, mes de Mayo-Agosto de 2008 al tema de la Palabra de Dios en la Iglesia Católica, en el Protestantismo y entre los Ortodoxos. Envío a los artículos de esa revista escritos por F. Ramírez Fuelleo, *La Palabra de Dios en la Iglesia Católica*, pp. 31-49; P. Zamora, *La Palabra de Dios en el protestantismo*, pp. 51-62; R. Sáez Carbó, *La Palabra de Dios entre los ortodoxos*, pp. 63- 74.

¹⁰ Me inspiro en una breve aportación de la teóloga Dolores Aleixandre publicada en la revista “Vida Nueva” con el título *Un Sínodo, tres películas y un obispo*. Ver nº 2629, del 27 de septiembre al 3 de octubre de 2008, p. 35.

del Quijote en ediciones de lujo que nadie toca. Debemos negarnos a pensar que está tan sólo al alcance de los que “dan la talla” y de que algunos se consideren sus propietarios y “peritos”. Vamos a poner todo nuestro empeño en ponerla al alcance de la gente de a pie, ésa que pregunta bajito al de al lado: “¿en qué página?” cuando hay que buscar un texto, que se extraña muchísimo de que alguien se llame Habacuc (“¿Haba....qué?”), o que se disculpa de no leer en alto “porque se me han olvidado las gafas”. La Biblia no es propiedad de algunos elegidos, es una Palabra *nuestra*. La reciente película de Ángeles González Sinde, *Una palabra tuya*- basada en el libro de Elvira Lindo- invita a poner ese título en plural y a pegar en cada ejemplar de la Biblia este rótulo: *Propiedad comunal. Entrada gratuita*. Porque lo que tenemos entre las manos es el resultado del trabajo colectivo de muchas generaciones, el fruto de las reflexiones de un pueblo sobre su historia y, por eso, su lectura sólo adquiere pleno sentido cuando tiene como destinatario a la totalidad del pueblo creyente.

Vamos a levantarnos de la butaca y a entrar en el guión. Dolores Aleixandre se inspira en otra película, *La rosa púrpura de El Cairo*, de Woody Allen: la protagonista de la cinta, sentada en la butaca de un cine, contempla la misma película sesión tras sesión. De pronto, ve cómo su actor preferido se sale de la pantalla, la agarra de la mano y la introduce dentro de la escena y, a partir de ese momento, se convierte en un personaje más del guión. Preciosa imagen de lo que puede pasar cuando nos animan a leer la Biblia no como espectadores, sino dialogando con sus personajes y entrando en la banda sonora de sus experiencias, conscientes de que todos esos hombres y mujeres de las narraciones bíblicas vienen a nuestro encuentro para acompañarnos en nuestro itinerario creyente. ¿No podría animarse a los futuros biblistas a convertirse, además de en eruditos, en “acomodadores” que dan la mano a otros para ayudarlos a incorporarse al guión bíblico?

Finalmente, debo señalar que sería una buena ocasión que tras el Sínodo se nos anime a leer la Palabra con ojos de mujer, y tal y como somos cada uno. En esta línea me viene a la memoria la película de *Tal como éramos*, de Sydney Pollack. Desde aquí pedimos a la Iglesia que, como fruto del Sínodo, *reconozca con alegría y gratitud, la aportación de tantas mujeres que han enriquecido la lectura de los textos con una nueva comprensión y un nuevo lenguaje más en contacto con la vida y con experiencias sentidas*. Y sugiero que no se confunda “*perspectiva*” con “*ideología de género*”, culpable de un sin fin de yerros y dislates. Esta “*perspectiva*” está recomendada en un

documento de la Pontificia Comisión bíblica¹¹ y todavía no está prohibida, aunque con los tiempos que corren nunca se sabe.

Termino con una cita de monseñor Enrique Angelelli, el obispo argentino asesinado en agosto de 1976, que solía recomendar lo siguiente: “*Hay que vivir con un oído puesto en el Evangelio y el otro en la gente*”.

3. Breve historia de la lectura y repercusión de la Biblia en la vida eclesial

Haré un breve recorrido de las grandes etapas de la vida de la Iglesia para ver qué tanto ha estado presente y ha influido la Escritura en la vida de la Iglesia¹².

Siglos I-XII: Acceso ordinario

La Biblia constituía la fuente directa donde se alimentaba la vida cristiana. Aunque no siempre era posible la lectura directa de los manuscritos bíblicos, sin embargo había un gran conocimiento de la Palabra divina en el contacto fresco de la liturgia, la predicación y la catequesis. La liturgia, sobre todo cuando la lengua que se utilizaba –griega y luego latina- era bien conocida por el pueblo, permitía un contacto directo con la Palabra de Dios. La predicación y la catequesis eran realmente bíblicas y constituían un comentario a la Escritura. En ese tiempo no existían ni catecismos ni tratados propiamente teológicos. La catequesis estaba enraizada y apoyada en la Biblia. La teología consistía en la explicación de la *lectio divina* o la *sacra pagina*.

¹¹ Cf. PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, Ed. PPC, Madrid 1998, 5ªedición, pp. 64-66. Afirma este documento: “Numerosas aportaciones positivas provienen de la exégesis feminista. Las mujeres han tomado así una parte activa en la investigación exegetica. Han logrado, con frecuencia mejor que los hombres, percibir la presencia, la significación y el papel de la mujer en la Biblia, en la historia de los orígenes cristianos y en la Iglesia. El horizonte cultural moderno, gracias a su mayor atención a la dignidad de la mujer y su papel en la sociedad y en la Iglesia, hace que se dirijan al texto bíblico preguntas nuevas, ocasiones de nuevos descubrimientos. La sensibilidad femenina lleva a entrever y corregir ciertas interpretaciones tendenciosas, que intentaban justificar la dominación del varón sobre la mujer.

En cuanto concierne al Antiguo Testamento, muchos estudios se han esforzado por llegar a una mejor comprensión de la imagen de Dios. El Dios de la Biblia no es la proyección de una mentalidad patriarcal. El es el Padre, pero es también el Dios de la ternura y del amor maternal”.

La exégesis feminista suscita frecuentemente cuestiones de poder en la Iglesia, que son, como se sabe, objeto de discusión y aún de confrontación. En este campo, la exégesis feminista no podrá ser útil a la Iglesia sino en la medida en que no caiga en las trampas que denuncia, y no pierda de vista la enseñanza dirigida por Jesús a todos sus discípulos, hombres y mujeres”.

¹² Para un análisis más amplio de este tema envió al estudio de Carlos Junco Garza, *La Biblia libro sagrado*. II Vol., Ed. Verbo Divino, Estella (Navarra) 2008, especialmente 257-288 y 390-397. Ver también el artículo de exegeta Francisco Ramírez Fueyo, *La Palabra de Dios en la Iglesia Católica*, a.c., 31-49.

A este propósito quiero destacar algunos testimonios patrísticos:

- a) “La Escritura sagrada es nuestro alimento y nuestra vida” (san Gregorio Magno, PL 76, 886).
- b) “Lee con frecuencia y aprende lo mejor que puedas. Que te venga el sueño mientras tengas el códice en tus manos, y que la página sagrada reciba tu rostro vencido por el sueño” (san Jerónimo a Eustaquia, hija de santa Paula, PL 22, 404).
- c) “La ignorancia de las Escrituras es una ignorancia de Cristo” (san Jerónimo, PL 12, 1078; cf. DV 25).
- d) “El gusto de la palabra divina no es sólo más dulce que la miel, sino también más precioso que el oro y las perlas, y más puro que la plata” (san Juan Crisóstomo, PG 51, 207).
- e) “Leche y miel, esto es el Antiguo y el Nuevo Testamento en la Iglesia” (Beda, PL 91, 294D).

Siglos XII-XVI: Alejamiento paulatino

Esta época está marcada por dos realidades diversas. Por una parte, constatamos que sigue habiendo un acceso a la Escritura y una difusión de ésta; pero, por otra parte, debemos reconocer que empiezan a darse una serie de advertencias y cautelas eclesíásticas en torno a la lectura de la Biblia.

a) Acercamiento a las Escrituras

Se puede indicar dos hechos significativos del acceso a las Escrituras: la práctica de la *lectio divina* en los monasterios y la difusión de manuscritos y de la Biblia impresa en algunas partes. La *lectio divina* en los monasterios es muestra de que al menos en esos lugares se recurría constantemente a la Escritura como fuente de vida cristiana. Tanto las copias manuscritas como las primeras ediciones impresas de la Biblia dan testimonio de su lectura y difusión. Por ejemplo, en el siglo XV se hicieron por lo menos 3600 manuscritos de biblias alemanas. En Basilea, Suiza, entre 1450 y 1500 se hicieron 18 ediciones de la Biblia.

Como señal de un contacto indirecto con la Escritura, tenemos las así llamadas “Biblias de divulgación” – Biblias de los “pobres” del siglo XIII; Biblias históricas,

florejillas, leccionarios, espejos de la salvación humana del s. XIV, etc..-. En esta misma línea está el arte: la escultura, la pintura, los vitrales y los mosaicos, que hacen de las iglesias un verdadero espejo viviente del Antiguo y del Nuevo Testamento. Un sínodo reunido en Arras decía que el arte “permite a los que carecen de instrucción conocer aquello que no pueden aprender en los libros”.

Destaco aquí de nuevo dos testimonios en los que se nos exhorta a leer las Escrituras:

a) “Me has dado, como a enfermo, tu sagrado cuerpo para alimento del alma y del cuerpo, y tu divina palabra para que guiase, como una lámpara, mis pasos. Sin estas dos cosas, yo no podría vivir bien; porque la Palabra de Dios es la luz del alma, y tu sacramento, el pan de vida. Estas dos cosas se pueden considerar como dos mesas colocadas en el tesoro de la santa Iglesia” (Imitación *de Cristo*, 1. 4; c. 11).

b) La lectura de la Escritura es importante “porque ella muestra tanto a los monjes como a los que habitan en palacio cómo deben vivir”. Cuando el laico no puede interpretar o leer la Escritura por falta de instrucción “debe dejarse instruir, como en caso del rey, por los obispos y clérigos de su reino” (san Anselmo de Canterbury, 1109).

b) Paulatina separación

Sin embargo, hay que reconocer que se dan circunstancias que van haciendo difícil el acceso a la Escritura: el costo de los manuscritos, el analfabetismo, la ignorancia del latín, lengua en que se celebraba la Eucaristía, y el hecho de ir reservando su lectura a los clérigos y monjes. Esto nos sitúa ante otra realidad de esta época, donde existieron prohibiciones o cautelas, muchas de ellas con carácter local, sobre la lectura de las Escrituras por todas las personas. Desde finales del siglo XII tenemos testimonio de ellas. Todos estos hechos van creando un ambiente de recelo ante la lectura de la Escritura, de forma que poco a poco el pueblo se va distanciando de la Palabra de Dios.

Algunos ejemplos de estas cautelas y de las restricciones al acceso de la Biblia:

a) *La carta del obispo de Metz a Inicencio III (1199)* y la respuesta del Papa al obispo y a los fieles (PL 214, 695; DH 770-771) nos muestra una realidad: grupos de fieles que se reunían en secreto para leer la Biblia traducida al francés, se predicaban entre ellos, criticaban a sus sacerdotes. El Papa no prohíbe la lectura de la Escritura, pero sí llama la

atención para que esas reuniones no sean secretas, y para que se den cuenta de que hay una gran profundidad en la Escritura, que es difícil captar aun por los mismos doctos. Los laicos no deben usurpar el oficio de predicadores.

b) *El concilio Provincial de Tolosa* (1229), con ocasión de la lucha contra los albigenses, sostiene una postura negativa a traducciones bíblicas y aun al uso mismo de la Biblia por parte de los laicos (cf. Canon 14).

c) *El Concilio Provincial de Oxford* (1408) en contra del movimiento de Wiclef (c. prohíbe toda traducción de la Biblia que no hubiese sido aprobada de una manera oficial.

c) *Las leyes del Estado de Cataluña*, s. XVI (preparadas ya por decretos del s. XIII, y reconfirmadas en el siglo XV), prohíben que alguien pueda tener consigo una versión de la Biblia.

Siglos XVI-XIX: Abandono “práctico” de la Escritura

a) La Biblia entre los reformadores

Contra el abuso originado por una serie de tradiciones eclesiásticas deformadas, y sobre todo ante el hecho de las crecientes dificultades que se ponían a la lectura de la Biblia, los reformadores colocaron como centro de su fe a la sola Escritura, intérprete de sí misma y que, por ende no necesita de la Tradición ni de ninguna autoridad eclesial para su interpretación. Esto había sido preparado por los valdenses (s. XII) y por Wiclef (s. XIV): la Biblia es la única fuente de la revelación y no necesita ser interpretada por el magisterio infalible de la Iglesia.

Los reformadores se preocupan por usar y poner la Biblia al alcance de todos los fieles: la traducción al alemán hecha por Lutero da testimonio de esta realidad; lo mismo se puede decir de la traducción hecha al español por los monjes jerominianos que se habían convertido al protestantismo, Casiodoro de Reina (1569) y, más tarde, Cipriano de Valera (1602).

Cuando en tiempos posteriores va surgiendo la crítica bíblica, los protestantes asumen esta aportación científica que propició avances exegéticos, pero que también se prestó a radicalismos equivocados. De hecho, llevó en otros grupos de protestantes al uso fundamentalista de la Escritura y a su interpretación literalista, cayendo en deformaciones enormes.

b) *La Biblia entre los católicos*

El Concilio de Trento, en su decreto *super lecciones* del 17 de junio de 1546 (cf. EB 65-72), subraya que la Escritura debe ser expuesta y explicada en las lecciones sagradas que han de tenerse en las diferentes iglesias, como las catedrales y colegiadas, e incluso llega a dar una serie de normas administrativas típicas de esa época. Por desgracia, se llevó poco a la práctica la propuesta del Concilio. Además tenemos que reconocer que Trento no impulsó la lectura privada o particular de la Escritura.

Sintetizando mucho, diremos que el siglo XVI pudo considerarse como un siglo muy importante de la exégesis católica por los grandes comentaristas de la Escritura. Pero, por desgracia, esto no repercutió en la mayoría del pueblo. Antes bien, desde 1559 a 1756 existió en la Iglesia la prohibición de imprimir y poseer Biblias en lengua vulgar sin un permiso especial. Pese a que en 1757 se permitieron de nuevo ediciones de la Escritura en lengua vulgar, si bien aprobadas por la competente autoridad y dotadas de notas explicativas, sin embargo quedó la idea generalizada de que la Biblia no era para que todos la leyeran. Si a esto unimos diversas intervenciones de los papas que rechazaban o condenaban los intentos de que toda la gente se acercara a la Biblia, podemos darnos cuenta de que entre los católicos estos siglos constituyeron un abandono “práctico” de las Escrituras. Es cierto, la Biblia se leía en la Eucaristía, pero ésta seguía siendo en latín y, por lo tanto, resultaba incomprendible para la mayoría de la gente. Esta mentalidad y esta praxis duró hasta antes del Vaticano II en muchos lugares.

Presento algunas actitudes negativas ante las Escrituras:

- a) *La Congregación del índice* (bajo Pablo IV en 1559, y bajo Pío IV en 1564) señala que sin un permiso especial se prohíbe imprimir, poseer y leer Biblias en lengua vulgar.

“Demostrando la experiencia que, si se permite la Sagrada Biblia en lengua vulgar sin discriminación, la temeridad de los hombres hace que se siga de tal permisión más daño que provecho, es necesario atenerse en esta parte al juicio del obispo o del inquisidor, a fin de que, con consejo del párroco o del confesor, se conceda la lectura de la Biblia, traducida en lengua vulgar, a aquellos que se vea que pueden recibir de tal lectura no daño, sino aumento de fe y de piedad” (Regula IV, DH 1854).

- b) En este contexto se pueden situar tanto la condenación de Pío VI en 1794 a una de las proposiciones del sínodo de Pistoya, que señalaba que sólo la verdadera imposibilidad excusaba de la lectura de la Escritura (DH 2667), como las intervenciones de los papas Gregorio XVI (8 de mayo de 1844) y de Pío IX contra la difusión de la Biblia por las sociedades bíblicas (9 de noviembre de 1846).

Siglos XX-XXI: vuelta a la Escritura

Desde finales del siglo XIX hasta hoy ha habido un cambio que podemos caracterizar como de retorno de la Iglesia católica a la Escritura. La realidad que vivimos ahora de un contacto mayor con la Palabra de Dios ha sido preparada paulatinamente por diversos documentos del magisterio, son las encíclicas que recomendaron el acceso a la Escritura. Su tono es ya muy diferente con relación a los documentos que vimos en anteriores apartados.

El Vaticano II va a coronar estos esfuerzos con una decidida recomendación de la lectura de la Escritura. En la Constitución dogmática *Dei Verbum* se afirma: **“Los fieles han de tener fácil acceso a la Sagrada Escritura”** (DV 22). Uno de los frutos del Sínodo sería una comunidad eclesial que escuche fielmente la Palabra y la predique con toda valentía.

Es lógico que nos preguntemos cuáles fueron los hechos que favorecieron este acceso a la Escritura. En primer lugar, se dio la promoción de los estudios bíblicos a nivel superior (cf. *L'École Biblique* de los dominicos en Jerusalén en 1890; el Pontificio Instituto Bíblico de Roma de los jesuitas en 1909). Surgieron también en este tiempo los movimientos litúrgico-bíblico, ecuménico, etc., que impulsaron la necesidad de acercarse a la Escritura, fomentada también por las encíclicas papales.

Todo esto fue coronado por el espíritu que se respira en la constitución *Dei Verbum* y por las reformas que se habían aprobado en la constitución sobre sagrada liturgia *Sacrosanctum Concilium*. Por una parte, la liturgia vuelve a la lengua de cada pueblo, de forma que la proclamación de la Escritura es ya un alimento que la Iglesia ofrece a todos los fieles. Por otra, se han multiplicado los círculos bíblicos, los cursos de Escritura, la *lectio divina*, las comunidades de base que reflexionan sobre la realidad a partir de la conexión entre vida y Biblia. De esta manera, la Palabra de Dios empieza a estar al alcance de muchos y traspasa toda la vida eclesial. Es cierto, queda mucho

camino por recorrer¹³, pero se ha logrado cambiar una mentalidad y establecer una práctica diferente. Esta es la tarea que tenemos por delante y esto es lo que nos ha pedido el Sínodo que se ha celebrado en octubre de este año.

4. ¿Qué debemos hacer?

Ya sea en los *Lineamenta* o en el *Instrumentum laboris* se nos recordaba, citando la primera encíclica del papa Benedicto XVI “*Deus caritas est*”, que **la caridad** está estrechamente vinculada con el anuncio de la Palabra de Dios y con la celebración de los sacramentos. Recibiendo la Palabra, que es amor, se deduce que no es posible anunciar verdaderamente la Palabra *sin vivir el amor*, en el ejercicio de *la justicia y de la caridad*.

En esta línea nos recuerda San Agustín: “Es fundamental comprender que la plenitud de la Ley, como de todas las Escrituras divinas, es el amor. *Aquel que por lo tanto, que cree haber comprendido las Escrituras, o al menos una parte cualquiera de ellas, sin comprometerse a construir, mediante el entendimiento de las mismas Escrituras, este doble amor de Dios y al prójimo, demuestra no haberlas comprendido aún*”¹⁴.

¿Qué puede significar hoy en nuestra cultura una palabra magistral sobre la familia, la mujer o los problemas de la vida, dicha sin compasión hacia los que sufren? ¿De qué nos serviría haber celebrado un Sínodo de la Palabra, si no nos despierta de la indiferencia y no introduce en nuestras comunidades, parroquias y en nuestra Orden más compasión por los excluidos?

Reitero aquí que el mayor logro del Concilio Vaticano II a través de su constitución dogmática *Dei Verbum* es el deseo de que la Biblia se convierta en un libro para todos. Con otras palabras, se ha querido devolver la Palabra al Pueblo de Dios. Por eso, hoy más que nunca tenemos que recordar aquellas palabras que san Juan Crisóstomo dirigía a todos los laicos: “*Algunos de vosotros dicen: yo no soy monje. Pero es aquí donde os equivocáis, porque creéis que la Escritura es sólo para los monjes, mientras es más necesaria todavía para vosotros, fieles, que estáis en medio del mundo*”.

¹³ La Santa Sede presentó antes del Sínodo un estudio sobre la lectura de la Biblia promovido por la Federación Bíblica Católica en que se revela que España figura en la cola de los lectores de la Biblia. Sólo un 20% de los españoles ha leído algún texto bíblico en el último año y un 6% reconoce que utiliza la Biblia para rezar.

¹⁴ San Agustín, *De doctrina Cristiana* I, XXXVI, 39; XXXVI, 40; PL 34, 34.

A lo largo del Sínodo, los padres sinodales se han concentrado en afrontar una de sus mayores preocupaciones: **la manera en que se predica la Palabra de Dios hoy en la Iglesia**. En este sentido, muchos participantes han coincidido en manifestar su preocupación por el bajo nivel de las homilías predicadas por los sacerdotes en la celebración eucarística, momento privilegiado para enseñar y hacer vivir la Palabra. El mismo Relator General, el cardenal Marc Ouellet, arzobispo de Québec, comenzó el debate denunciando la insatisfacción de los fieles que “explica en parte la salida de muchos católicos hacia otros grupos religiosos”.

La necesidad de formar a los seminaristas y sacerdotes en la predicación es, sin duda, una de las propuestas más repetidas, pidiendo, por ejemplo, que se prepare un Directorio General Homilético, que les sirva de ayuda y guía.

Ahora bien, los mismos participantes en la Asamblea han reconocido que de nada sirve la mejor técnica oratoria si después la vida del que predica, obispo, sacerdote o diácono, no está acompañada por las obras. La Iglesia necesita de maestros, pero quienes convencen son los testigos. Y es que la Palabra, como la Biblia, no es sólo informativa, es también **preformativa** (Benedicto XVI). Es decir, no sólo enseña, sino que modela y cambia la vida de quien se acerca a ella. La Palabra de Dios ha de ser escuchada atentamente, estudiada con asiduidad, predicada a tiempo y a destiempo, pero, sobre todo, vivida y hecha carne. Sólo así la Palabra será realmente la primera fuente de espiritualidad cristiana y religiosa.

Sin embargo, la homilía apenas significa para los fieles diez minutos a la semana. La clave, por tanto, para que los fieles descubran la Palabra no puede reducirse, a ella. En este sentido, en el Sínodo se ha prestado particular atención a **la catequesis**, que no sólo debe contemplar espacios para conocer la Biblia, sino que debe basarse en todas y cada una de sus etapas en las Escrituras. Varios padres sinodales, especialmente de África y Latinoamérica, destacaron que el crecimiento de la Iglesia en estas áreas, en las que vive una auténtica primavera, se debe sobre todo a la fidelidad y heroísmo de sus catequistas.

Conclusión

Quiero concluir mi aportación recordando el hecho que nos narra Mateo en su evangelio: los escribas y los fariseos fueron consultados por Herodes en el momento de la llegada de los Magos. Herodes quiere saber dónde debía nacer el Salvador del

mundo. Ellos lo saben, dan la respuesta correcta: en Belén. Son grandes especialistas, que conocen todo. Sin embargo, no ven la realidad, no conocen al Salvador. Sobre este texto afirma San Agustín: *“Indican el camino a los demás, pero ellos mismos no se mueven”*. Este es también un gran peligro en nuestra lectura de la Escritura: nos quedamos en las meras palabras humanas, palabras del pasado, y no somos capaces de descubrir el presente en el pasado, olvidando que el Espíritu Santo nos sigue hablando hoy en esas palabras.

Ojalá que este Sínodo sobre la Palabra sirva para que todos los cristianos, especialmente a la Familia Trinitaria, no nos quedemos sólo en el conocimiento teórico de la Escritura sino que ella nos mueva hacia un compromiso más radical hacia los esclavos y empobrecidos de nuestro mundo. Muchas gracias.